

Santiago CASTRO-GÓMEZ

LA HYBRIS DEL PUNTO CERO. CIENCIA, RAZA E ILUSTRACIÓN EN LA NUEVA GRANADA (1750-1816)

Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana / Instituto Pensar, 2004, Pp. 345.

MAURICIO PARDO ROJAS

Universidad del Magdalena (Colombia)

Universidad Central (Colombia)

mauripardo@yahoo.es

Las teorías de la dependencia y del sistema mundo en las décadas de 1960 y 1970 pusieron en claro que las diferencias de los sistemas económicos entre el Norte Euro Americano ex-colonialista y las ex-colonias en el resto del mundo en el Sur Latinoamericano, Asiático y Africano, no eran de grado de desarrollo, de temporalidades atrasadas, sino de posición en el sistema capitalista mundial. La economía del Norte exporta a alto costo productos industrializados de alta tecnología mientras que los países del sur exportan materias primas y manufacturas poco tecnificadas a precios bajos gracias a los bajos salarios. Es la división internacional del trabajo la que determina el estado de la economía y no la carencia de «desarrollo». Ya Marx un siglo antes había advertido el papel fundamental de las riquezas americanas y del comercio colonial en la constitución de la «acumulación originaria» que posibilitaría la revolución industrial. La estructura e inequidades del capitalismo actual con sus 3.000 millones de pobres tiene sus raíces en la dominación colonial de Europa sobre el resto del mundo.

El libro *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)* de Santiago Castro-Gómez se ubica en la tendencia de pensamiento que se ha denominado de la modernidad-colonialidad, en la que se argumenta que la expansión colonial y los procesos sociales al interior de las colonias no solamente son parte estructurante del capitalismo mundial, como lo demostraron las arriba referidas teorías de la dependencia y del sistema-mundo, sino también del complejo epistémico, político y cultural conocido como modernidad. Según los teóricos de la modernidad-colonialidad en una primera modernidad Europa construye el imaginario universal de la superioridad de la civilización cristiana europea sobre el resto del mundo y desde esta posición y no en contra de ella se va constituyendo el pensamiento liberal ilustrado de la segunda modernidad.

Castro-Gómez parte entonces del principio de que el colonialismo no fue solamente un fenómeno de dominación política y económica sino que requirió de la supremacía del conocimiento europeo sobre los muchos miles de modos de conocer de las poblaciones colonizadas. Castro-Gómez se basa inicialmente en la obra de Edward Said que puso en marcha la teoría postcolonial la cual muestra que el control imperial se basó y legitimó a través de imaginarios en los que fueron construidos como inferiores las personas, las culturas, las sociedades y los conocimientos de los pueblos subalternizados en las colonias. Después de la independencia dichos imaginarios no desaparecieron sino que se perpetuaron en las ciencias sociales universitarias, en las artes y en los medios de comunicación en el Norte y en las ex-colonias, ahora constituidas en países independientes. La «periferización» del Tercer Mundo no se ha dado solo en el aspecto económico sino que ha ocurrido también en el campo cultural y epistémico.

En desarrollo de estas teorías Castro-Gómez anota que los académicos latinoamericanos Enrique Dussel, Aníbal Quijano y Walter Dignolo han propuesto que el complejo cultural, político, epistémico y filosófico del capitalismo conocido como modernidad es producto del proceso mundial del colonialismo y no una construcción europea que se irradió al mundo. Este proceso, dicen estos teóricos, es más bien de colonialidad-modernidad como acontecimientos simultáneos, en el que al tiempo que la racionalidad europea se constituía como el estadio superior del conocimiento humano, se invalidaban o designaban como inferiores todos los otros modos de conocer y las gentes habitantes de los territorios colonizados portadoras de estos conocimientos.

El autor de *La Hybris del Punto Cero* plantea que su análisis se basa en tres conceptos: a) la limpieza de sangre como constitutiva del *habitus* (hasta el punto del peyorativo «indio») y del *capital cultural* de las elites coloniales, así se entiende como la ilustración no fué una transposición desde un punto cero de conocimiento sino una estrategia de posicionamiento de los criollos ilustrados frente a los grupos subalternos. b) *biopolítica* y *gubernamentalidad* para entender los procesos desencadenados por las reformas del despotismo ilustrado borbónico de Carlos III y sus sucesores y la reacción de los criollos desde su hegemonía de la limpieza de sangre. c) *La colonialidad del poder* como i) estrategia cognitiva para eliminar las muchas formas de conocer de los conocimientos locales y ii) como colonialismo cultural de las incipientes ciencias sociales que impone una supuesta superioridad de Occidente-civilización-modernidad sobre No-occidente-barbarie-tradición.

En las ciencias sociales latinoamericanas y en las ideas del común de las gentes el proceso colonial es percibido como algo del pasado, como una etapa histórica superada, como algo que no tiene que ver con la realidad del presente. Pero las desigualdades actuales en el plano global y en el nivel nacional tienen que

ser entendidas a la luz de ese continuo colonialidad-postcolonialidad y los correspondientes y articulados estadios de la modernidad, de esos procesos en los que las clases dominantes locales continuaron construyendo a las clases subalternas como ignorantes e inferiores, y así como las más explotadas en la cadena de acumulación capitalista del sistema mundo.

De mediados a finales del siglo XVIII se publicaron las obras políticas fundamentales de la Ilustración. En 1748 Montesquieu publicó el *Espíritu de las Leyes* y la *Enciclopedia* de D'Alambert y Diderot aparece en 1751. En 1776 el mismo año en que se firma la Declaración de Independencia de los Estados Unidos es impresa *La Riqueza de las Naciones* de Adam Smith; la Asamblea Constituyente Francesa aprueba en 1789 la Declaración de los Derechos del Hombre. Las dos obras fundadoras de los sistemas clasificatorios científicos, la *Philosophia Botánica* de Linneo y el *Sistema Lógico de Nomenclatura Química* de Lavoisier salieron en 1751 y en 1787 respectivamente. Son también de este período las máquinas que catapultaron la revolución industrial: la hilandera mecánica de Hargreaves y la máquina de vapor de Watt inventadas en 1768 y el telar mecánico de Cartwright de 1785.

¿Qué sucedía en la Nueva Granada en esta misma época en la que acontecían tan importantes eventos en la constitución del régimen moderno en Europa y Norteamérica? Esta es la situación que Castro-Gómez en *La Hybris del Punto Cero* se propone examinar desde las teorías postcolonial y de la modernidad-colonialidad. ¿Cómo se desenvolvían las particulares congruencias y confluencias entre las ciencias de la época, los imaginarios sociales y las teorías políticas? ¿Cómo al tiempo que en Europa la racionalidad ilustrada se proclamaba como la superación del despotismo y la superstición, y la base de la libertad, la igualdad y la fraternidad, esa misma racionalidad autoproclamada como el mayor logro de la humanidad era la principal justificación para el dominio de Europa sobre el resto del mundo? Y de cómo la clase dominante criolla neogranadina, a través de la ciencia y de la legislación racial, construía un régimen de exclusión y explotación, en el que la población indígena, campesina, afrodescendiente y de los pobres de las ciudades, fue construida como inferior a causa de sus formas de pensamiento y de su ascendencia étnica.

Castro-Gómez sugiere que así como la expansión de las lenguas europeas fue un factor clave de la expansión colonial como conocimiento, la expansión de la ciencia puede ser leída de manera análoga. Siguiendo esto ¿Cómo fue leída la ilustración en la Nueva Granada, cuál fue el lugar de enunciación?

El libro de *La Hybris del Punto Cero* plantea como en el siglo XVII y XVIII, los pensadores europeos se proponen superar la concepción práctica atada a problemas empíricos y apuntan a encontrar leyes universales a partir de la razón pura y de la ciencia rigurosa a la manera del sistema matemático, físico y filosófico de Newton.

Superando el pensamiento práctico anterior del siglo XVI de Erasmo, Montaigne, Vives o Moro, o en la versión española de Las Casas y Vitoria, teóricos como Hume, Descartes o Smith, pretenden distanciarse de cualquier prejuicio o punto de referencia concreto para construir un pensamiento objetivo desde un punto de reflexión neutro. El punto de vista irrefutable de la absoluta objetividad sin compromiso de ninguna posición subjetiva, en el que los filósofos racionalistas ilustrados pretenden elevarse sobre cualquier situación social particular. El conocimiento derivado de Dios de la escolástica es reemplazado por la razón de los pensadores ilustrados. La Hybris como el pecado entre los griegos clásicos de querer asemejarse a los dioses, el Punto Cero de pretender observar el mundo desde un *locus* neutral, objetivo y absoluto. Tales son los conceptos que dan lugar a la primera parte del título al libro, la segunda parte del título «Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750-1816)» ubica un *locus* colonial desde el que el autor se propone examinar cómo se desplegaron estos conceptos. Como se dio la versión neogranadina del discurso que durante los dos siguientes siglos va a ocultar las posiciones sociales y políticas, las relaciones de poder desde las que se construyen los discursos científicos y filosóficos.

El libro analiza agudamente cómo de manera notable, el discurso de los derechos universales del hombre de los revolucionarios de la ilustración encontraba sus salvedades para legitimar el régimen colonial a través de la ciencia de la época. Castro-Gómez anota cómo los argumentos de los pensadores europeos como Hume, Locke, Condorcet o Turgot, entre otros, afirmaban que los pueblos del resto del mundo con sus modos de conocer por fuera de la racionalidad europea, no estaban en capacidad de ejercer la independencia política, y al carecer de relaciones monetarias estaban impedidos de alcanzar los beneficios del progreso. La razón europea decide que estos pueblos viven en un estadio temporal anterior, en un pasado precivilizado que los distancia del camino recorrido por las metrópolis coloniales. Las potencias europeas tenían entonces la misión humanitaria universal de llevar las luces de la razón y del mercado mediante la subyugación colonial al resto del mundo.

Los discursos científicos de la elite criolla del siglo XVIII respondían y eran enunciados desde el lugar del habitus de la limpieza de sangre construido desde los siglos XVI y XVII, desde esta doctrina fue leída, traducida y asimilada la modernidad. La limpieza de sangre, fue el eje de construcción de subjetividades de los actores sociales de la sociedad colonial, eje el cual desde un discurso racial de genealogía biológica y color de piel se escenificaba a través de creencias religiosas, vestimenta, certificados de nobleza, comportamientos y sobretudo modos de producir conocimientos. Originada en la estratificación medieval y en

la normatividad que despojó de derechos a moros y judíos tras la reconquista de la península por los Reyes Católicos, pasó a ser, según el argumento de Mignolo que retoma Castro-Gómez, «el primer imaginario neocultural del sistema-mundo que se incorpora en el habitus de la población inmigrante europea, legitimando al mismo tiempo la división étnica del trabajo y la transferencia de personas, capital y materias primas a nivel planetario» (pág. 57). Este imaginario planetario constituye al decir de Dussel, una primera modernidad que a pesar de provenir del régimen feudal, no se eclipsó con la revolución burguesa, sino que simultáneamente con el ideario liberal, constituyó el complejo epistémico sobre el que se construyó el capitalismo como sistema mundo, con sus centros, y sus periferias colonizadas. El orden racial de las castas coloniales fundado por la limpieza de sangre operó en el nivel político y militar, pero también fué interiorizado en las conciencias, los deseos y los hábitos de las personas, constituyendo de esta forma lo que Quijano ha denominado *la colonialidad del poder*.

Castro-Gómez examina distintos procedimientos por medio de los cuales las elites criollas consolidaban su poder político y económico a partir del ideario de la pureza étnica de la limpieza de sangre. Elaboraron una taxonomía de las «razas» y una jerarquía de las «castas» o sea los grupos en los que clasificaron a las personas según sus grados de mestizaje, siendo las castas con mayor componente blanco mejor reputadas y reconocidas.

La raza blanca reunía todas las virtudes mientras que a las demás razas y castas se les atribuían «por naturaleza» diversos defectos. Los privilegios económicos y políticos eran exclusividad de los blancos y eran preservados y legitimados por las prácticas matrimoniales, la ubicación residencial, las maneras y apariencias y otras ostentaciones de capital simbólico a través de bienes suntuarios, posesión de esclavos o el despliegue de habilidades y aficiones reconocidas como distinguidas. El acceso a los tres colegios universitarios santafereños de jesuitas, franciscanos y dominicos requería aprobar rigurosas pruebas de la limpieza de sangre de los aspirantes y de esta forma se garantizaba el monopolio de los criollos blancos del conocimiento superior de los clásicos, de la filosofía, la teología, la medicina y de las leyes.

El «blanqueamiento» es decir la búsqueda de mejor estatus a través de casamientos con personas «más blancas» se constituyó en uno de los procedimientos de ascenso social de mestizos que habían logrado fortuna en el comercio y los oficios. Las reformas borbónicas de Carlos III apuntaban a la transición del Estado feudal, basado en el privilegio de sangre y en el latifundio, al Estado administrador que lidiara con las realidades de unas crecientes poblaciones con centros urbanos plagados de problemas, con una burocracia experta y una economía que incorporara nuevas técnicas e industrias. Estas reformas en las colonias americanas pretendían desmotar los privilegios ociosos de los criollos blancos y dar mayor

juego económico y político a la ya considerable población mestiza. Los criollos más conservadores se opusieron tenazmente a estas reformas que amenazaban sus privilegios pero un sector de la elite simpatizaba con la Ilustración y aunque en un principio debieron ceder ante los ortodoxos, al asentarse las reformas perpetuarían el privilegio de las elites sobre las mayorías de ancestro étnico africano o indígena, basados ya no en el argumento de la genealogía de nobleza, sino en el conocimiento ilustrado de la racionalidad y de la antropología emergente que encontraba evidencias de inferioridad intelectual y biológica de las «castas» en el discurso de la ciencia. Los Borbones trataron de eliminar el monopolio universitario eclesiástico y de impulsar la universidad pública sin mucho éxito. Las reformas obligaron a aflojar los requisitos, pero los criollos «blancos» guardaron celosamente sus privilegios como lo ilustra Castro-Gómez al examinar la feroz persecución que llevó a la temprana muerte en prisión del médico, filósofo abogado y literato indígena Eugenio Espejo que había logrado egresar de las unidades quiteñas de Santo Tomás y San Fernando.

Castro-Gómez muestra vívidamente el conflicto que marcó la transición del fundamento de la colonialidad del poder entre la primera modernidad de la limpieza de sangre y la segunda de la razón ilustrada, a través de las agrias disputas entre el médico mulato panameño Sebastián López Ruiz y quien fue sin duda el más notable científico ilustrado en el virreinato: el sabio gaditano José Celestino Mutis. Se disputaron la dirección de la reforma de la medicina en la Nueva Granada, de la Expedición Botánica, de la autoría del descubrimiento de una variedad de quina neogranadina y la dirección de un estanco oficial para el comercio y la exportación de este importante producto medicinal.

En sus argumentos Mutis descalificaba los reclamos de López dados los ancestros étnicos de este último y legitimaba los propios basado en su amistad con Linneo y sus relaciones con otros científicos europeos. Paradójicamente pese a sus respectivos orígenes raciales López abogaba por conservar un sistema escolástico y elitista de la formación científica mientras que Mutis era partidario de una estructura más pragmática y flexible en el estilo de las reformas Borbónicas, las cuales Castro-Gómez analiza como la emergencia de una biopolítica orientada a la administración de las nuevas realidades poblacionales y económicas de las colonias y del imperio español.

Mientras los académicos discutían en la Nueva Granada sobre las formas de relación entre la ciencia y la gobernabilidad estaban todos de acuerdo acerca de la inferioridad del conocimiento milenario de todos los pueblos situados por fuera de la academia europea. Castro-Gómez cita las opiniones de Pedro Fermín de Vargas y de Caldas ante los tratamientos antiofídicos de los médicos tradicionales indígenas y afrodescendientes de las selvas del Pacífico, en las que los científicos criollos

minusvaloran el ingenio de estos grupos humanos y atribuyen la eficiencia de estas terapéuticas a la «casualidad feliz» o a «que los brutos han sido los inventores de la mayor parte de los remedios» aludiendo a las costumbres de los animales de las que los curanderos deducían los medicinas botánicas.

Las aspiraciones de implantar una racionalidad laica en la administración pública implicaban expropiar a las poderosas órdenes católicas no sólo de las universidades y la educación sino de hospitales y hospicios a cargo de la salud pública y de la atención a enfermos y desamparados. Uno de los temas en los que el libro de *La Hybris del Punto Cero* muestra de manera más palpable la «geopolítica del conocimiento», según la expresión de Mignolo, en el contexto del régimen colonial en el sistema mundo, es el de la ciencia geográfica. La cartografía geométrica que empieza a surgir desde finales del siglo XV pretende representar el espacio desde un punto de vista exterior, objetivo y absoluto. Esta visión común al pensamiento científico que adviene con la modernidad, el lo que Castro-Gómez denomina el «punto cero». En los mapas de la emergente ciencia geográfica, ha desaparecido la referencia central de algún lugar de importante significación social o cultural. Anteriormente, los palacios de los gobernantes o importantes santuarios religiosos aparecían en el centro de los mapas, pero con la constitución del espacio planetario a raíz del alcance global de la navegación europea occidental, los cartógrafos ilustrados pretenden «desligarse de las representaciones “afectivas” que de ese espacio hacían sus pobladores» (pág. 237). Castro-Gómez insiste que el espacio planetario que se representa en los mapas de coordenadas no es por supuesto visto neutralmente. Es la visión desde la Europa imperial, que se disfraza de mirada objetiva para administrar las nuevas realidades geopolíticas. El espacio es «estriado» de acuerdo a las rutas comerciales y a las administraciones ultramarinas. Las expediciones geográficas europeas que van mapeando en detalle toda la superficie de la tierra van describiendo sus «recursos» y sus poblaciones y remitiendo esta información a los centros de gobierno en Europa y en las colonias. La antropología eurocentrista que clasificó a las «razas» no europeas como inferiores se expresaba en los aspectos sociales y económicos de la geografía de la Ilustración. El clima tropical en el que se ubican la mayoría de las colonias es considerado como causa de la defectuosa naturaleza de sus pobladores. La jerarquización planetaria se reproduce a escala al interior del Nuevo Reino. Caldas, el más avezado de los geógrafos criollos encuentra relaciones científicas entre el más elevado carácter moral e intelectual, incluso de la belleza física, de los habitantes de los Andes (en los que se encuentra la mayoría de los criollos), en contraste con la rudimentaria constitución de lo pobladores de los valles y las selvas.

El libro de Castro-Gómez constituye un importante aporte a la discusión y al entendimiento de carácter del régimen colonial y a las consecuencias de éste en la sociedad actual. De forma profusamente documentada, el autor muestra las relaciones

entre conocimiento y poder, y entre colonialidad y modernidad a través del análisis de numerosos eventos de la segunda mitad del siglo XVIII y comienzos del XIX en la Nueva Granada. Las perspectivas teóricas desplegadas por Castro-Gómez abren un campo heurístico para examinar la forma en que conocimientos, subjetividades, identidades se han construido o transformado en Colombia o en los países periféricos en general en el contexto del devenir del sistema-mundo capitalista.